

# EDITORIAL

## CONFLUENCIAS ENTRE LAS POLÍTICAS CULTURALES Y LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Desde un punto de vista sociológico y antropológico, las políticas culturales son en sí mismas políticas públicas. No relacionarlas es no entender la esencia de “lo público” y tampoco la esencia de “lo cultural”. Sin embargo, lamentablemente, en la actualidad en muchos países estos conceptos se manejan en forma separada, por “sectores”, sea por confusiones endémicas, por cuestiones prácticas –las partidas presupuestarias– y/o por intereses creados.

En Chile con mayor razón, debido a que aún “cultura” se usa reducidamente como sinónimo de “artes y patrimonio”, dentro de una perspectiva sesgada donde las políticas públicas y las políticas culturales van por carriles diferentes. No obstante, en realidad cualquier política pública induce conductas humanas que influyen directa o indirectamente en nuestros idearios y modos de vida cotidiana y, por lo tanto, construyen cultura. Las formas de estar, hacer, tener y ser de los pueblos, en gran medida se van tejiendo –social e históricamente– en base a políticas públicas.

Pero si hoy las políticas culturales chilenas están principalmente dirigidas hacia las artes y el patrimonio –sin desconocer el valor que ello significa–, inevitablemente se generan vacíos, contradicciones, descuidos y omisiones. Temas tan relevantes como el medio ambiente, la relación de género, la descentralización, la identidad y desarrollo de las culturas locales, el destino de los pueblos originarios, las migraciones y el multiculturalismo, sólo se pueden resolver de buena forma si se asumen los cruces que naturalmente existen entre lo público y lo cultural.

Asimismo ocurre con el racismo y el clasismo, la inclusión y movilidad sociales, problemas que son intrínsecamente culturales, donde las políticas públicas –partiendo por la educación– deben construirse desde lo cultural. Lo propio ocurre con el lenguaje, que de por sí crea realidades, tejidos sociales, espacios públicos, políticas e identidades. De allí que las lenguas sean tesoros humanos, patrimonios inmateriales, aunque en nuestro país todavía no sepamos valorarlas: ni el castellano-chileno, ni el mapudungún, ni el aymara o el rapa nui –entre otras–, son prioridad.

En buena hora, sin embargo, actualmente en Chile se estudia la creación de un “Ministerio de la Cultura”, lo cual significa dar nuevos pasos para poder construir un mejor país, con una mejor sociedad, considerando ojalá la cultura en un sentido más amplio, profundo e integral. Consecuentemente, tanto más pertinente sería pensar en un “Ministerio de las Culturas”, toda vez que el siglo XXI deviene multicultural y la diversidad de nuestro país así lo amerita. Pero sea como sea, lo más relevante es comprender que al abordar lo público y lo cultural se está atendiendo a la vida integral del ser humano, con mayor consciencia y libertad para desarrollarnos no sólo en las artes y el

patrimonio, sino en todas las dimensiones que nos caracterizan, valorando y respetando las diferencias, mejorando nuestra capacidad de comunicarnos, interactuar y convivir.

Lo anterior es doblemente decisivo, por cuanto hoy vivimos en una permanente tensión entre la escala global y la escala local de la cultura, escenario que obliga a repensar las políticas públicas mejor articuladas con las políticas culturales. Por de pronto, la construcción de identidad y sentido de pertenencia aparecen como esenciales para la psiquis y bienestar humano. Creer y trabajar por lo propio es el punto de partida para poder desarrollar una autoestima que permita sanamente valorar, convivir e interactuar con «los otros», diferentes, igualmente legítimos y necesarios para compartir y enriquecer un mismo territorio, allí donde los espacios públicos generan contextos que se entrecruzan y circulan, junto con vincularse con el mundo.

Un proyecto de país se construye fundamentalmente en base a políticas públicas y culturales, en cuanto éstas sean capaces de pensarse y aplicarse articulada y orgánicamente. Y en esto la gestión cultural tiene mucho que decir y hacer, pues en el fondo se trata de «políticas profundas», en tanto trabajamos con y por la vida y desarrollo integral del ser humano; trabajamos al servicio de nuestro consciente e inconsciente colectivos, con un pasado, presente y futuro siempre interactivos y dinámicos, social e históricamente. De allí la relevancia de abordar estos temas en el presente número de la Revista MGC. ■